

CONTESTACIÓN  
de  
ARTURO USLAR PIETRI

Señores Académicos,  
Señores y Señoras:

Asiduo servidor de esta ilustre casa y de su espíritu ha sido desde los días de su disciplinada y noble juventud Luis Beltrán Guerrero y es de consecuencia y de justicia que en la madurez de su inteligencia y de su saber, acrisolados en obra múltiple y valiosa, venga a ocupar, con inobjetable derecho propio, un sillón para participar fecundamente en el coloquio creador de la Academia.

Ha tenido él la delicadeza de recordarnos sus amables relaciones con muchos de nuestros eminentes antecesores, desde los días en que vino a Caracas, febril de adolescencia y de esperanzas, desde su brava villa de Carora, valiente, trabajadora y tradicionalista, provisto con cartas de Cecilio Zubillaga Perera, para emprender la hermosa tarea de hacerse hombre digno de su tierra y del alto patronato de sus propias esperanzas.

Hombre de estudio severo y de creación exigente ha sido este Luis Beltrán Guerrero. Desdeñoso de la improvisación y de la facilidad, no se conformó con su Doctorado en Leyes, que le ofrecía caminos seguros y atractivos, sino que resolvió volver a vestir el hábito de estudiante y emprender una nueva carrera que le diera las bases firmes de una formación humanística completa. Años de ascética devoción escolar pasó con sus griegos y sus latinos, con sus filósofos y sus historiadores, pasando de Mariana a Spengler, del juglar del Cid a Juan Ramón Jiménez, y de Juan de Valdés a Menéndez Pidal, para hacerse mejor, para servir al espíritu y la cultura en su Venezuela.

Ha estudiado, ha enseñado y ha escrito con alto sentido de la calidad y obligación de su menester, pero sin omisión del gusto por la ironía y la gracia, que más que de sus maestros antiguos, le viene de clara inclinación del temperamento.

Gusta de penetrar y conocer el pasado, como clave del presente y hontanar de vida, y la historia para él es, acaso, sobre todo camino real para acercarse a los hombres y tratar de entenderlos en su completo ser y hacer.

Ha escrito crítica erudita y penetrante y valiosas monografías de historia literaria y de las ideas, y es poeta de verso clásico, castigado y medido, en el que las sílabas, los acentos y voces caen con seguro tino expresivo, como han de exigirlo un oído y una sensibilidad formados en la cadencia de Horacio y en la música transparente de Garcilaso. Ha recibido la visita fugaz y esplendente de la poesía, imprevisto huésped de mágicos dones, en su torre de cultura, a la que para el trance portentoso puso el nombre del ilustre mesón al que llegaban los forasteros de la Caracas vetusta de Bello: *La Posada del Ángel*. Larga y fructífera estancia ha hecho y ha de seguir haciendo el ángel en la deleitosa y culta posada intelectual de Luis Beltrán Guerrero.

Nos ha dicho el nuevo académico su grande admiración por César Zumeta, quien fue su antecesor en el sillón que viene a ocupar hoy. Nada tengo que añadir a los elogios que le tributa, pero no podría pasar de largo ante su figura sin dedicarle un afectuoso recuerdo. Algunos años de mi juventud pasé junto a Zumeta, en París, oyéndole diariamente glosar y comentar sucesos y hombres, con penetración y tino, en largos paseos por aquellas riberas del Sena que más que aguas parece arrastrar el flujo vivo de la cultura occidental, reflejado en ellas en los grandes monumentos del pasado y en el abejorreo de páginas y títulos que los mercaderes de libros despliegan en sus bordes. Me hablaba de letras y de historia en su suelta y cáustica conversación. A ratos hablaba como el Abate Coignard de Anatole France, a ratos como el docto Mefisto de Goethe, del que se complacía en recitar estrofas llenas de intención y era siempre un excepcional testigo de la dura vida venezolana.

Era Zumeta hombre de contradicciones y de naturaleza dual. Era candoroso y escéptico, orgulloso e inseguro, pugnaz y tímido, y era más un contemplativo que un hombre de acción y de creación. Parecía complacerse en cultivar un incrédulo y sibarítico desdén por el trabajo intelectual y ello explica que haya tan grande desproporción entre la vastedad de su cultura, la calidad de sus dones de escritor y la extensión y contenido de su obra. Con la irrespetuosa seguridad de la juventud muchas veces traté de convencerlo de que se pusiese a la tarea de escribir la obra sólida y fundamental que debía y podía hacer. Me respondía con vagas excusas, alegando la necesidad de atender a otros quehaceres, o terminaba por hacer sarcasmo de sí mismo diciéndome: "la Verdad es que el único libro que yo podría hacer tendría que llevar por título: *Al margen de la Gaceta Oficial*".

Lo que nos queda de él, lejos de compensarnos, nos hace más exigentes aún para reclamarle la irreparable falta de todo lo que no se resolvió a hacer. Es el mismo afectuoso y dolido reproche

que le dirigí en la juventud, cuando me dispensaba cariño, fe y confianza y que hoy dirijo a su egregia ausencia.

Toma punto de partida, para su discurso, Luis Beltrán Guerrero en una frase de Zumeta, escrita en el último lustro del siglo XIX, con la que según él “inicia la transformación de nuestra crítica histórica de ditirámica en racionalista”.

Estuvieron los venezolanos del tiempo de Zumeta vacilando entre dos polos, el polo romántico y el polo positivista. Fuera de algunos dogmáticos discípulos del determinismo y del evolucionismo, los más de nuestros hombres de pensamiento realizaron un curioso mestizaje entre los rigores materialistas de la nueva ciencia y el entusiasmo por los grandes hombres, los grandes hechos y los grandes sentimientos. En Zumeta es evidente la mezcla, no siempre deslindada, de las dos corrientes. Su interés por la biografía es un regreso al gusto romántico por el héroe, pero sin abandonar la necesidad positivista del análisis histórico y social del medio en que el grande hombre surge y actúa.

Sobre otra cita, esta vez de José Gil Fortoul, tomada del prefacio que escribió para la Segunda Edición de su *Historia Constitucional de Venezuela*, completa el nuevo académico la delimitación del campo de su exposición. En esas frases Gil Fortoul aparece en una actitud ecléctica, un poco al regreso del positivismo, proclamando junto a las leyes de la evolución, al ideal como "verdadera encarnación del destino", después de admitir que las "ideas preceden a los hechos y los determinan".

Sobre este regreso, rectificación y hasta repudio del positivismo, advertido en Zumeta en 1895 y en Gil Fortoul en 1930, establece Luis Beltrán Guerrero, su propia posición que no puede ser ya la de considerar a la historia como una mera rama de las ciencias naturales, sujeta a leyes de rigor matemático, sino como una *ciencia cultural*, según la nomenclatura de Rickert, de carácter humanístico, en la que participan la poesía y la filosofía, para explicar lo que hemos llegado a ser, al preguntarnos: ¿a dónde vamos?, ¿de dónde venimos?

De mera narración y testimonio de los hechos pasados pronto vino la historia a ser interpretación y explicación del acaecer humano. Al solicitar las causas y los motivos de los acontecimientos se pensaba en una causalidad, dictada por las estrellas, o por el plan divino o por una esperanza quiliástica. De explicar el pasado a predecir el futuro hubo poco trecho. Debía haber unos mecanismos constantes, una causalidad eficiente, unos factores determinantes, que dirigieran la sucesión de las acciones colectivas y de las edades. Ya Montesquieu estudia la sociedad para

señalar "las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas" a las que llama leyes. Desde entonces la historia, la sociología y las ciencias sociales todas han estado a la búsqueda del simple y oculto mecanismo que explica y determina el proceso histórico. Nació así el determinismo, el evolucionismo, el mecanicismo, el positivismo, el homologismo cultural de Spengler, las tendencias cíclicas de Toynbee, a la zaga de la filosofía de la historia de Hegel, puesta al revés o al derecho por la numerosa familia de sus descendientes intelectuales.

Lo que vino a ocurrir con el positivismo y con las principales doctrinas sobre la historia y los hechos sociales, a partir sobre todo del siglo XIX, fue un simple caso de fascinación y de extensión de ciertas nuevas verdades o hipótesis científicas a campos diferentes de aquellos en que habían tenido origen.

El determinismo que brota en las ciencias físicas y naturales se extiende, tardía y adulteradamente, al campo de las ciencias sociales y allí da su fruto en cerradas teorías, sin recurso de experimentación, ni de verificación, con un satánico e inocente orgullo, satánico por la pretensión de explicarlo todo e inocente por el candor de aplicar a cosa tan cambiante y compleja como lo social el mecanismo de ciertos procesos de simpleza macrocósmica, entrevistados en la mecánica celeste o en la filogenia.

El positivismo sociológico e histórico fue una tardía e incompleta traducción al campo de lo social de ciertas hipótesis de las ciencias físicas y matemáticas que se desarrollaron a partir del siglo XVI.

Con la esquemática sencillez con que los vitralistas góticos trazaban la ascendencia de Jesús, podríamos nosotros trazar el árbol del Jesé del determinismo social que llega en una de sus tardías olas finales a la Venezuela de Crespo, para agitar la conciencia y los pensamientos de hombres como Gil Fortoul, Zumeta y todo el brillante aunque retrasado grupo de los positivistas venezolanos.

Todo podría comenzar con aquella frase que estampó Newton en 1687 en sus *Philosophia Naturalis Principia Mathematica* que dice: "Desearía poder hacer derivar todos los fenómenos de la naturaleza, por alguna clase de razonamiento, de los principios mecánicos, porque tengo muchas razones para sospechar que todos ellos dependen de ciertas fuerzas por medio de las cuales las partículas de los cuerpos se atraen mutuamente y se coordinan en figuras regulares o se repelen y alejan unas de otras". El deslumbramiento que la concepción newtoniana de la mecánica celeste y del orden del cosmos produjo en su tiempo, no podía menos que influir en la mente y en las

concepciones de los pensadores que lo siguieron. Voltaire es uno de los primeros en darle resonancia y divulgación en su ensayo sobre el sistema de Newton de 1737. Muy luego, como lo hemos visto, Montesquieu recoge el concepto para aplicarlo a las ciencias sociales al tratar de definir su idea de las leyes.

Casi un siglo después, Augusto Comte, entre 1839 y 1842, trata de aplicar la concepción determinista y mecánica al mundo de la historia y de la sociedad en su *Curso de Filosofía Positivista*. El paso estaba dado y la tendencia firmemente establecida.

El año de 1859 se publican dos obras; una que va a tener una inmediata y total resonancia, y otra que no la va a tener menor pero más tardía y permanente. Una es el *Origen de las Especies* de Charles Darwin que sacude el mundo de la ciencia con la proclamación audaz y contundente del determinismo biológico y la selección natural.

La otra es un capítulo fundamental del pensamiento de Carlos Marx, su *Crítica de la Economía Política* en la que establece el determinismo psicológico, ideológico y social por medio de la primacía del sistema de producción y de trabajo.

Estaban echadas las bases para el determinismo social e histórico. Después podía venir toda la numerosa hueste de los divulgadores, intérpretes y epígonos que crearon todo el conjunto de una concepción evolucionista, determinista y experimental de la verdad científica. Vendrán Renán y Taine y Spencer, y llegará la ola de influencia hasta las páginas de la novela naturalista, que querrá convertirse en documento sobre la influencia de la herencia, la raza y el medio para llevar hasta las más desprevenidas mentes, al través de las desgracias de *Los Rougon Macquart* o de las picantes aventuras de *Nana*, el nuevo credo científico que todo lo podía explicar y prever.

El estudio del ciclo de influencia del positivismo y del determinismo, que tan tardíamente llega a nuestros escritores, sirve para ilustrar uno de los rasgos más importantes de nuestro tiempo y de los más cargados de consecuencias para el presente y el futuro de la sociedad. Me refiero a la lenta, retardada e incompleta comunicación que se ha ido estableciendo entre el mundo de la ciencia y el mundo cultural en el que viven, razonan y toman decisiones los más de los hombres.

En los dominios del arte, de las ciencias sociales, de la literatura y hasta de la política estamos viviendo en un grave retraso, que a veces llega a ser divorcio y contradicción, con respecto a lo que la más nueva ciencia conoce y reconoce.

Se ha podido hablar, como lo ha hecho el gran científico y escritor británico contemporáneo, C. P. Snow, de la existencia de dos culturas. Una humanística, artística y social cuyas raíces vetustas ya están muertas, y otra científica pura que ha encontrado nuevas y transformadoras verdades pero que no ha llegado todavía ni parece tener manera de llegar al lenguaje, el pensamiento y la acción de los escritores, los ensayistas y los historiadores.

Esa peligrosa dicotomía amenaza la integridad y el destino intelectual de la humanidad y es más grave que la división política y militar del mundo en dos grandes bloques de poder.

¿Qué tiene de común el pensamiento con que ordinariamente nos nutrimos en los periódicos, y los libros, con las nuevas verdades revolucionarias que han sido halladas en el campo de la física y de la bioquímica, con las experiencias y las promesas de la nueva edad espacial, de la cibernética y de la automatización?

¿Qué hay de Einstein o de Rutherford, o de Oppenheimer o de Broglie en la concepción del mundo de los novelistas, políticos y ensayistas que leemos?

¿Han tomado en cuenta las implicaciones de la física cuántica o de la mecánica estadística y probabilística, los que todavía hoy construyen sus afirmaciones y sus acciones sobre desechadas hipótesis deterministas de mediados del siglo XIX?

Como lo dice el propio Snow, no es menos grave ignorar el *Hamlet* de Shakespeare o la *Novena Sinfonía* de Beethoven que no conocer el enunciado de la segunda ley de la termodinámica y sus trágicas y diabólicas consecuencias para toda idea de permanencia.

Ya para 1902 Gibbs había enunciado las bases de la mecánica estadística que abrió el camino para la física probabilística; para 1905 Einstein había presentado las concepciones básicas de la relatividad, para 1929 Eddington podía escribir, en un libro de divulgación: "La aparición de la teoría de los *quanta* ha ocasionado que la física ya no esté ligada a un cuadro de leyes que implican el determinismo".

El mundo de la física y de la mecánica ya no es el de la causalidad determinista cerrada que creyó vislumbrar Newton y que los sociólogos e historiadores del siglo XIX trataron entusiastamente de trasladar a sus concepciones del proceso social y del destino colectivo de los hombres.

Lo que hoy predomina es una combinación de la mecánica y de la teoría de la probabilidad sobre una base estadística de posibilidades y frecuencias. En el lugar que ocupaban las evidencias y certezas causales de los científicos del siglo pasado ha aparecido ahora el principio

de incertidumbre de la física cuántica. En el mundo microcósmico del átomo se ha encontrado que no se cumplen las que creíamos leyes inexorables del determinismo físico. El nuevo principio de incertidumbre dice que es imposible especificar o determinar simultáneamente la posición y la velocidad de una partícula de manera exacta, como lo hubiera requerido la integridad causal de la mecánica clásica. Es decir, que el futuro de una partícula no puede ser anticipado con precisión, sino apenas estimado por medios estadísticos, lo que significa que la ley de causa y efecto deja de existir o de aplicarse por lo menos en escala atómica.

Mientras estas nuevas verdades cambian y revolucionan la concepción científica del mundo, en la otra cultura, la de los intelectuales, los historiadores, los artistas y los políticos se sigue hablando de determinismo y de causalidad cerrada.

El cosmos newtoniano ha terminado y sin embargo seguimos viviendo de él y de sus derivaciones como si nada de lo que ha ocurrido en el campo de la física y de la ciencia pura en los últimos sesenta años hubiera llegado a nuestros oídos, sosteniendo y defendiendo hipótesis y teorías cuyas raíces científicas, un tiempo vivientes y lozanas, están hoy muertas y abandonadas.

Muchas de las estrellas que vemos alumbrar en el cielo están extinguidas y muertas desde hace millares de años, sólo que la trágica noticia de su desaparición no ha tenido todavía el tiempo de llegarnos en el viaje de la luz. Igualmente muertas están muchas de las teorías y concepciones que dirigen nuestro pensamiento y nuestras acciones. Mientras más pronto nos demos cuenta de ello será mejor para el porvenir de la ciencia, para el futuro del hombre y para la integridad pura y aplicada de la cultura.

El cosmos newtoniano ha concluido y estamos ya en un nuevo tiempo. De una ciencia determinista y causal hemos pasado, casi sin advertirlo, a una ciencia probabilística y estadística. Ya el problema no es, como lo pensaban los viejos positivistas, que la historia se haga ciencia, sino que la ciencia se hace cada vez más historia, es decir, reseña del acaecer y de las posibilidades del acaecer. El árbol de la ciencia del bien y del mal está retoñando de nuevas raíces. Las consecuencias de ese cambio son inmensas y abarcan desde la concepción del mundo hasta la estructura de la sociedad y la actitud del hombre frente a la naturaleza y el destino. En un tiempo en que tanto se ha hablado y se habla de revoluciones, pocos se han percatado de la inmensa revolución que está ocurriendo en el mundo de la ciencia y de sus aplicaciones que ya ha condenado a muerte muchas de nuestras ideas y ha de cambiar nuestras vidas mucho más allá de lo que revolucionarios y utopistas hayan podido nunca imaginar.

Invitados por la erudita y fina disertación de Luis Beltrán Guerrero sobre la manera en que Zumeta y Gil Fortoul pudieron liberar, en gran parte, de los conceptos naturalistas con que el positivismo impregnó el pensamiento de su tiempo, hemos realizado esta rápida incursión sobre los grandes cambios conceptuales de la nueva ciencia y lo que significan para la cultura tradicional. Es mucho ciertamente lo que tenemos que aprender y más lo que tenemos que olvidar para recibir y reconocer nuestro tiempo. Un tiempo de grandes riesgos, de inmensas incertidumbres, de enormes posibilidades en el que el hombre ha aprendido mucho, pero sobre todo a reconocer sus límites. Éste es el que pudiéramos llamar el drama intelectual de nuestra época.

Es tiempo ya de que regresemos a esta casa ilustre y a esta hora de gracia para decirle a Luis Beltrán Guerrero, poeta, historiador de la cultura, crítico y erudito creador, que es bienvenido, y que todos nos sentimos contentos y honrados de contarle como uno de los nuestros.

*Señores Académicos*